

hablado de cómo, en la práctica, las plataformas han tercerizado gratis el trabajo de denuncia con las víctimas. Son las activistas las que han tomado el peso de guiar a víctimas de violencia de género online por los sinuosos caminos de evitar el acoso y buscar respuestas en las plataformas. [Son ellas las que dedican su tiempo y se expoenen también a violencia](#). Son ellas las que deben avisar a contactos en las plataformas sobre los errores de sus algoritmos o de sus moderadores humanos. No hay pago por esos servicios. No hay apoyo por esos servicios..

Para feminismo liberal, el mismo cooptado por las plataformas hegemónicas, la violencia de género en las plataformas es un problema de omisión, no un daño colateral ante un modelo de negocio que se hace millonario con las interacciones de las personas, no importando si esa interacción se hace con discursos de odio con misoginia, con ataques violentos a mujeres y otros grupos minorizados. El problema, dicen, sería la falta de diversidad de los equipos tecnológicos. Es curiosa esa lógica. Porque si bien la brecha de diversidad es evidente y hay que remediarla, termina esencializando el amplio abanico de identidades, razas, géneros, clases sociales, etcétera.

Más preocupante aún es que son afirmaciones como las que hacen Catherine D'Ignazio y Lauren F. Klein que en un libro llamado ["Data Feminism"](#), al referirse a cómo el campo de la ciencia de datos y de la Inteligencia Artificial está dominada por varones blancos de élite, hablan del "riesgo del privilegio" que, según ellas, sería el fenómeno que hace que quienes ocupan las posiciones más privilegiadas entre nosotras —aquellos con buena educación, credenciales respetadas y reconocimientos profesionales— estén pobremente preparados para reconocer casos de opresión en el mundo. Según esta interpretación, la élite de los *tech bros* sería víctima de su propia segregación. La opresión es una omisión, casi un mal

entendido histórico. El privilegio se ha construido en el aire, el dominio económico es solo una casualidad no intencionada.

Pero el dominio económico del capital es una parte esencial de las tecnologías hegemónicas y de la construcción de sus élites. [Las cifras lo dicen y lo refrendan en esta pandemia](#): se trata de una industria multimillonaria como nunca antes habíamos visto, porque además su dominio se basa en acaparar servicios, hacerlos más baratos, precarizar el sistema laboral y, por ende, hacer que solo un puñado de varones blancos se enriquezcan de forma brutal. El privilegio se construye conscientemente sobre el aplastamiento de cuerpos que para su capital no importan.

En contra de las soluciones

¿Cómo salimos de este embrollo, entonces? La tecnología hegemónica nos ha inundado de soluciones: juntas externas independientes que resultan influir poco y nada y que ellos mismos regulan y seleccionan, tardíos códigos de ética, comisiones internas para revisar los prejuicios de sus plataformas, descartando que terceros, de forma transparente y participativa, revisen sus decisiones algorítmicas, entre otras.

Pero quizás la llave para salir de este embrollo es justamente que nadie tiene la llave. Que aquellos que dicen que la tienen, mienten, y lo saben. Que antes de buscar soluciones como explicaciones totales y erectas, típicamente masculinas —[como diría Joanna Zylinska](#)— quizás sería mejor concentrarse en el problema o, más bien, parafraseando a [Isabelle Stengers](#), pensar juntas el problema. En el por qué es un problema y, quizás más difícil, en el para quiénes es un problema y en si las preguntas que estamos haciendo quizás sean parte del problema. La llave de este embollo es que partes de esa llave están dispersa en miles de lugares y solo buscamos en un puñado.

El problema con las tecnologías hegemónicas es que mienten, descaradamente. Nos dicen que son pura automatización pero son cientos de miles los trabajadores y trabajadoras que son invisibilizadas bajo la fiebre del clic. Nos dicen que son un aporte a la democracia y son profundamente autoritarias. Que son participativas y son solo un modelo oscuro de decisiones de arriba hacia abajo. Que son disruptivas y solo son una continuación de las estructuras de poder. Hoy nos dicen que son éticas y mañana nos dirán que son feministas y decoloniales. Con todas las etiquetas posibles se disfrazarán para distraernos de no examinarlas, transparentarlas, exigirles cuentas, achicarlas o derechamente de regularlas.

El problema de las tecnologías hegemónicas es que no se construyeron en un territorio baldío. Que acá ya habían datos de cuerpos con una historia. Y que esa historia se cuela por sus decisiones algorítmicas. Y que hoy habrán parches, pero no resistirán el peso de la historia.

Que los territorios, por más baldíos que parezcan, siempre tienen alguien que los reclame. Sobre todo, cuando la violencia de su colonización ha sido sostenida. Y en ese conflicto, en ese reclamo del territorio digital, se abrirá el verdadero proceso de democratización digital.

Paz Peña O.

(AI Sur, acoso.online)

Una receta de tres ingredientes per resistir el colonialisme digital a la ciutat

Per Renata Ávila (<A+> Alliance for Inclusive Algorithms)

Contaminación auditiva y visual. Gentrificación. Mucho tráfico y mal diseño de las vías que impiden que llegues de un lugar a otro. Inseguridad. Policía por todas partes. Barreras. Candados. Lugares exclusivos a los que solamente unos pocos pueden entrar. Malgobierno o desgobierno. Beneficios de unos pocos. Ausencia de espacios comunes y abandono de proyectos colectivos. Una arquitectura de exclusión. Pareciera que me estoy refiriendo a esa ciudad donde vives o donde no quieras vivir. Pareciera que describo el espacio urbano.

Pero no. Lo que describo acá es Internet, en lo que se ha convertido este espacio en los últimos veinte años. Un espacio donde la masiva conexión de personas se hizo sin desarrollar una metodología, un ecosistema que les permitiera expandir posibilidades. Una Internet que se ha llenado de todo tipo de ruido y que ha fallado a la promesa de mejor conocimiento, de más diálogo, de mayor democracia.

Una Internet pobre, limitada y vigilada para los pobres se contrasta con una Internet premium para aquellos que pueden pagar banda ancha y servicios de acceso a contenidos. Contenido que es más entretenimiento que educación. Un contenido cuya diversidad limitada, homogénea en idioma y perspectivas uniforma sociedades, eliminando diversidades. Tan parecida al proceso gentrificador de la ciudad. Escenas paralelas

online y offline de policía, de vigilancia aumentada, siguiendo a cualquiera que se sale del estándar. Nuestras movilizaciones en línea son tan predecibles, tan vulnerables como las protestas en el espacio público.

La diferencia, quizá, es la posibilidad que aún existe de organizarse y movilizarse en el espacio local, que se va eliminando y suprimiendo rápidamente en el espacio hipervigilado y segmentado en línea.

¿Por qué lo que ha pasado con la ciudad podría compararse con lo que ha pasado con Internet en las últimas dos décadas? Los dos espacios han sufrido cambios demográficos y arquitectónicos profundos, procesos que, en su mayoría han derivado en deterioro de la calidad de vida y de la convivencia en ellos, contaminación y dominación de unos pocos monopolios, suprimiendo democracia.

Y es que los problemas paralelos de la ciudad y de Internet nos llevan a un punto convergente: los espacios comunes, digitales y físicos para ejercer ciudadanía se están desarrollando bajo lógicas de exclusión, distanciamiento, muros, barreras artificiales, limitación de contactos entre personas diferentes, comodificación del encuentro, datificación para mercadeo y supresión de espacios de co-creación para mejorar el ecosistema y la vida de las personas. Y es posible,



precisamente en ese espacio de convergencia de problemas, encontrar la posibilidad de aplicar soluciones comunes a ambos.

Otra transformación digital es posible, la receta en tres pasos

Algo interesante está ocurriendo, que coloca todas las piezas de este ajedrez en el espacio estratégico para moverlas ahora y ganar. El espacio urbano está conectándose, está digitalizando sus esquinas, sus formas y ahora Internet y la ciudad se vuelven híbridos. Cada vez más, las interacciones y espacios públicos se conectan con sus equivalentes en línea. La ciudad ahora es una mezcla de sistemas de sensores, cables, fibras, cámaras y aparatos, controlando transporte, movilidad, provisión de servicios. Y es ahora, precisamente, cuando es necesario que surja un movimiento ciudadano para reclamar una ciudad digitalizada nuestra y un espacio digital, una Internet ciudadana. Para capturar esas posibilidades, en un momento y tiempo único que atravesamos y que nos confronta inevitablemente con la necesidad de tomar parte, de activar espacios de renovación y de reemplazo de sistemas, ofrezco una humilde receta de tres pasos, de tres puntos de partida, de tres prioridades:

1. Un no rotundo a la ciudad que vigila. Y una contrapropuesta.

Para ésto, es importante recuperar nuestro derecho al anonimato en espacios híbridos digitales-físicos. Recuperar la posibilidad de reconocer y recorrer la ciudad sin que nos reconozca, sin estar actualizando nuestra ubicación todo el tiempo, sin tener cámaras monitoreando cada uno de nuestros movimientos. Defenderla como espacio para ejercer nuestros derechos. Si la transformación de las ciudades se traduce a nuevos espacios de vigilancia, control, segregación y de monitoreo, más allá de las cámaras,

de cada movimiento, sonido y práctica, perdemos en vida comunitaria, perderemos en tejido comunitario.

Además de una moratoria en sistemas de vigilancia en las ciudades, la propuesta que me atrevo a plantear llevaría todo el presupuesto que las ciudades invierten en vigilar y controlar, a la creación de espacios creativos, de encuentro y creación digital precisamente en esas áreas identificadas como peligrosas. Y evaluar los efectos de éstos, de espacios de creación, espacios de bienvenida y de participación tecnológica a poblaciones vulnerables como una alternativa viable. Con el trabajo y dinero invertido en formar en lugar de vigilar.

2. Una bienvenida a la economía de los datos para todos.

Mi visión de la ciudad conectada del futuro se centra en las personas y su dignidad y en los espacios comunitarios incluyendo la tecnología. Una tecnofílica, no tecnofóbica, y los datos, por supuesto, juegan un papel fundamental en la ecuación. Pero no datos por los datos, ni reclamar el poder de los mismos para no hacer nada con ellos. Sino una visión de datos con propósito, que podamos utilizar para tener mejor transparencia, rendición de cuentas, respuesta y sistemas en nuestra ciudad. Y es éste el punto central de "recuperar el control de nuestros datos personales" y acceder a datos abiertos públicos: la clave de activar una economía comunitaria de los datos es equipar a la ciudadanía con herramientas, habilidades, capacidades, software y hardware para aprovecharlos. Y ése es un rol que puede jugar la ciudad conectada. Una ciudad que cultiva las habilidades y capacidades de comunidades para equiparla con datos de interés público.

Ya van muchas por buenos pasos, con plataformas como [Decidim](#), pero falta volverlas soste-

